

EDITAR EN LA UNIVERSIDAD O CÓMO NO SER UNA “MAQUILA” DE ARTÍCULOS ACADÉMICOS

DOI : DOI.ORG/10.31641/BHXD5851

Paula Andrea Marín-Colorado y Vanessa Zuleta-Quintero
Universidad de Antioquia, Colombia.

Dar a luz

A finales de 2023, recibimos *Estudios de Literatura Colombiana (ELC)*, la única revista indexada y producida en Colombia, dedicada a la difusión de las investigaciones sobre las literaturas colombianas. La revista estaba posicionada en Q1, de acuerdo con la clasificación de SCOPUS; esta posición la convierte en una publicación apetecida por académicas y académicos que buscan, además de calidad editorial, que sus universidades les reconozcan puntos salariales por los artículos publicados, como una manera de estimular la investigación.

Cuando iniciamos esta nueva etapa de la revista (que es digital desde 2020, lo que significa que ya no debemos ocuparnos de distribuir, canjear, vender o administrar suscripciones, afortunadamente), nos preguntábamos cuál era nuestra función como editoras, más allá de publicar los artículos en el OJS y de dejarlos accesibles en el micrositio web de la revista; ¿cómo poner en circulación los artículos publicados? Nos dimos cuenta de que podíamos mejorar la forma de difusión de la revista y de cada uno de los artículos, pues las revistas académicas no suelen leerse completas, sino que los artículos que componen cada número se leen de manera individual. Varias veces nos han preguntado por qué seguir manteniendo la publicación por números (dos semestrales) y no adoptar la publicación continua; nosotras respondemos que no podemos convertir la revista en una “maquila” de artículos. Nos interesa mantener el formato de revista, porque al producirlo por números, en cada uno de ellos se puede leer mejor el criterio editorial de quienes somos sus responsables.

Editar significa “dar a luz” una obra; la pregunta acerca de qué estábamos haciendo por dar a luz, por dar a conocer una obra, por amplificar la voz de una autora o autor, por poner reflectores sobre los artículos publicados para que puedan ser encontrados y leídos por lectoras y lectores interesados nos parecía y nos sigue pareciendo la más válida, la más importante, no solo para una revista como *ELC*, sino para todo el ecosistema de la edición universitaria, más allá de que la “luz” para la mayoría de los índices de medición sea solamente el número de citas que alcanza un artículo o un libro en un tiempo determinado. La mayor crítica que siempre se hace desde otros sectores editoriales y desde el mismo sector académico y universitario es que las revistas académicas “almacenan” artículos; en *ELC* no queríamos convertirnos en esto. Para alejarnos de la visión almacenista de las revistas académicas, hemos acudido a las redes sociales tradicionales, académicas y profesionales (y a ir aprendiendo poco a poco sus exigencias de lenguaje, ritmos e interacción). Por supuesto, no es nada novedoso, pero preferimos esto a recurrir a más correos electrónicos que pueden tornarse invasivos para las académicas y los académicos que ya bastante trabajo tienen entre sus labores docentes, investigativas y administrativas.

Elaboramos piezas gráficas para cada uno de los artículos publicados y las enviamos a las autoras y autores, las compartimos en nuestras redes sociales y en las de la Facultad de Comunicaciones y Filología, a la que pertenece la revista. Además, hacemos un evento (virtual) de presentación de cada número, en el que invitamos a una autora o autor de algún artículo que nos parece importante destacar de la publicación y realizamos una conversación sobre él que queda grabada y que podemos compartir también a través de nuestras redes sociales. Estas actividades se unen a las más formales: estar en varias bases de datos y enviar notificaciones de la publicación de cada número a nuestros contactos.

Cada vez que cerramos una convocatoria, comienza el proceso de gestión editorial del número (proceso que poco tienen en cuenta los índices de medición). Revisamos cada uno de los artículos (entre 20 y 30, en promedio, por convocatoria) para determinar, en primer lugar,

ISSN: 1523-1720
NUMERO/NUMBER 54
Enero / January 2026

cuáles cumplen con las normas de presentación de la revista, cuáles pasan la revisión de presencia de plagio y, ahora también, cuáles pasan la revisión de uso de IA (hasta donde hoy es posible medir esto). Luego de esta revisión, hacemos una lectura crítica para establecer si el artículo cumple con los criterios de calidad que hemos establecido como política editorial de la revista. Quienes conformamos el Comité Editorial nos reunimos a discutir cada artículo, sobre la base de estos criterios; entre ellos, el principal es si se trata o no de un artículo que realmente presente resultados de un proceso de investigación.

Creemos que en el campo de los estudios literarios se confunde mucho qué es un ejercicio de crítica literaria (inclusive un buen ejercicio) y qué es un artículo de investigación literaria. Creemos que una revista de estudios literarios debe contribuir al avance de esta área del conocimiento y eso solo se logra si publicamos artículos en los que sea visible esta contribución, a través de presentar resultados de un reflexivo proceso de investigación. Muchas autoras y autores omiten la referencia a un estado del arte, como si pensarán que lo que escriben no necesitara dialogar con lo que otras y otros han dicho sobre el mismo tema. Para nosotras, es muy importante entender, en cualquier área del conocimiento, que la academia (y la vida) se trata de una carrera de relevos. Cada investigadora o investigador aporta algo para que la comprensión sobre un problema o fenómeno de investigación se siga ampliando, profundizando, y ese aporte debe ser reconocido por la siguiente investigadora o investigador que elige el mismo tema de investigación o uno cercano. Creemos que cada investigadora o investigador debe ser consciente del aporte que está realizando a su campo de trabajo; los hallazgos, pues, deben aparecer con claridad en el artículo.

Sabemos que algunos equipos editoriales acuden a mirar estadísticas bibliométricas sobre autoras o autores, para ver si les conviene o no publicarlos, teniendo en cuenta cuál es su índice de citación. En *ELC* no hacemos esto. De hecho, solo una de las personas del equipo editorial conoce el nombre de las autoras y autores que envían los artículos; el resto del Comité realiza las lecturas sin conocer estos nombres. Nos guiamos, entonces, por la calidad que vemos en el artículo: la ética investigativa de su autora o autor al reconocer qué han hecho otras y otros antes que ella o él, su rigor metodológico al precisar su objeto de investigación, sus categorías de análisis, sus fuentes de información, su procesamiento de los datos obtenidos, su escritura que invita a la comunicación del conocimiento y a la discusión de las ideas.

Si estos criterios de calidad los encontramos, además, en artículos que presenten nuevos corpus de investigación (nuevas y nuevos autores, autoras y autores que han pasado desapercibidos para nuestras tradiciones literarias o que han sido desconocidos por ellas) o nuevos problemas de investigación (fenómenos del sistema literario que no han sido abordados, nuevas fuentes de información que amplían o transforman las percepciones de nuestras literaturas) nos sentimos felices de que la revista pueda abrir su espacio para darles cabida. Creemos que una revista académica de estudios literarios debe procurar visibilizar este tipo de artículos: que abran nuevos caminos de investigación, que transformen la mirada sobre un objeto de investigación, que brinden nuevas perspectivas sobre los fenómenos, que ayuden a redefinir nuestros corpus de investigación y la literatura misma, que renueven la manera en la que hemos entendido las tradiciones de las literaturas colombianas y nuestro papel como sus dinamizadores. Esto es lo que ha hecho *ELC* en sus 28 años de existencia, diversificando el canon de una manera continua, aunque pausada, como es el ritmo propio de los estudios literarios.

Para nosotras, es muy importante que cada número de la revista pueda contener y presentar una mirada amplia y renovada de las tradiciones literarias: que figuren las literaturas de las comunidades

afrodescendientes, raizales, palenqueras, indígenas, las de las mujeres, las de las diversidades sexuales, las que no han entrado en el canon por prejuicios de valor sobre su autoría, temática o género literario o editorial; queremos también que aparezcan las nuevas tradiciones teóricas que permiten transformar el trabajo investigativo en los estudios literarios: las que entienden que la investigación literaria debe dar cuenta de un trabajo de interpretación de las obras literarias, pero que no desconocen que esas obras hacen parte de una tradición, de una cultura, de una sociedad y de un sistema que comprende la materialidad del texto, su producción, su puesta en circulación y su proceso de recepción.

Después de la revisión del Comité Editorial, enviamos las notificaciones de rechazo a las autoras y los autores, una tarea que realizamos con sumo cuidado, recordando siempre que se trata de un proceso en el que debe primar un lenguaje pedagógico que explicita los criterios de la revisión realizada y que contribuya a impulsar el trabajo de las investigadoras e investigadores. Los artículos seleccionados por el Comité pasan a evaluación por pares. En realidad, invitamos a cuatro evaluadoras y evaluadores por cada artículo, porque, por la experiencia que tenemos, sabemos que muchas y muchos de quienes invitamos no contestarán la invitación, la rechazarán o no entregarán las evaluaciones. Buscamos evaluadoras o evaluadores (en nuestras bases de datos de la revista, en la bibliografía de los artículos, en buscadores en línea) que hayan investigado el tema del artículo, para “seducirlos” con la promesa de que van a leer algo que les interesa mucho. Este es el corazón del trabajo editorial de una revista académica; es lo más complejo de conseguir y lo que menos podemos controlar.

A pesar de que muchas veces nos gustaría prescindir de este proceso de evaluación por pares debido a su complejidad y porque no depende de nosotras, reconocemos, por un lado, que evaluadoras y evaluadores donan altruistamente su conocimiento para mejorar el trabajo de otra u otro colega y esto permite construir una comunidad académica colaborativa; por otro lado, reconocemos que nuestro conocimiento, si bien es amplio sobre las literaturas colombianas, nunca será suficiente autoridad para definir la calidad de un artículo que puede abordar cada vez más diversos temas. En este aspecto, también hemos hecho un pequeño aporte: otorgar un reconocimiento anual a la labor de las evaluadoras y evaluadores, teniendo en cuenta el rigor y la generosidad de sus comentarios, de sus revisiones. Sabemos que este debería ser un trabajo pago, pero sabemos también que, al menos en universidades públicas como la nuestra, obtener recursos para esto es una tarea casi imposible y, de conseguirlos, su trámite administrativo se vuelve un dolor de cabeza tanto para las evaluadoras y evaluadores, como para nosotras. El reconocimiento simbólico es un acto que busca paliar en algo esta falta de pago económico a un trabajo del que depende en muy buena parte la confiabilidad de nuestra publicación y que no nos cansamos de agradecer.

Después de que logramos obtener las evaluaciones y de que las autoras y autores han hecho los ajustes necesarios en sus artículos, viene la producción editorial de la revista: la elección de los textos para las secciones no arbitradas (entrevistas, conferencias, reseñas), con las que procuramos aportar a la discusión actual de los estudios literarios en Colombia y sobre Colombia; la corrección de estilo; la marcación en HTML y XML; la solicitud de los DOI; la revisión cuidadosa del resumen, el título y las palabras clave de cada artículo para que los metadatos realmente se ajusten a los contenidos y sean una buena guía en los buscadores de información; la definición del orden de aparición de los artículos; la escritura de la editorial; la definición de la carátula de presentación y de toda la línea gráfica del número; la diagramación; la revisión de la versión de prueba y las correcciones; la publicación del número; el diseño de la campaña de difusión del número; la solicitud del depósito legal; la solicitud del presupuesto para que la revista

pueda funcionar bien un año más.

Nos detenemos en estos procesos porque es un trabajo que es invisible para quienes publican en la revista, para quienes evalúan artículos, para quienes consultan la revista y para los administrativos que otorgan los recursos para su funcionamiento, porque de todo esto se trata el trabajo de una editora o editor de una revista académica, no solo de los resultados que se obtienen tras las mediciones, muchas veces arbitrarias, de los índices. Cuando finalice nuestro período como directora y editora de *ELC*, más allá del cuartil en el que se posicione la revista, nos gustaría pensar en cómo contribuimos a que las y los autores que escogieron la revista para publicar sus resultados de investigación lo hicieron porque tenían confianza en nuestros procesos editoriales, en el cuidado que prestamos a cada autora o autor, a cada artículo; también nos gustaría pensar en cómo coadyuvamos a que las nuevas tendencias en estudios literarios sobre las tradiciones literarias colombianas aparecieran en *ELC*, como una forma de cumplir cabalmente con lo que se espera de una revista: que muestre el movimiento, que dé cuenta de algo que está vivo, transformándose todo el tiempo, como ha sido visible a través de las páginas publicadas, durante los 28 años de existencia de la revista.

Reescribir el algoritmo

Desde el número 54 hemos acompañado la transformación de esta publicación viva. En 2025, el cambio en el Scimago Journal & Country Rank (SJR) 2024 (que nos ubicó en Q4) nos hizo pensar en que ese resultado no daba cuenta del trabajo editorial anteriormente descrito, el cual fue realizado entre 2021 y 2023. A partir de estas reflexiones nos surgieron las preguntas: ¿qué podemos hacer?, ¿es posible representar en indicadores la labor editorial que implica una revista académica? Como las investigadoras y editoras que somos, realizamos un análisis para comprender mejor las formas que tienen los indicadores bibliométricos de “mirarnos”. Mientras nos deteníamos en la representaciones gráficas de cada indicador, llegó a nosotras una metáfora: imaginar estos datos como el “código fuente” de un algoritmo que recomienda y legitima a las publicaciones académicas. Conjeturamos que, si lográbamos identificar las reglas con las que está escrito ese “código”, podríamos reconocer sus posibles sesgos o fallas para concentrar nuestra labor en descubrir formas simbólicas de “reescribirlo”, así como proponer otras formas de mirar y medir el trabajo editorial.

Uno de los primeros hallazgos en este proceso fue advertir que la revista aparecía clasificada en el área temática de Ingeniería, dentro de la categoría de Ingeniería Eléctrica y Electrónica, junto con las de Artes y Humanidades y Ciencias Sociales. Nos desconcertamos al constatar que los parámetros con los que nos estaban evaluando impedían que nos “miraran” con precisión. Ese error de clasificación nos llevó a pensar que ser mal etiquetadas es también ser mal leídas. Desde allí, emergió una resonancia más amplia: las formas en que históricamente hemos sido mal leídas las mujeres, las diversidades sexuales, las comunidades afrodescendientes, raizales, palenqueras y los pueblos indígenas. Intentamos corregir el error en el “código”, pero contactar a soporte fue como dialogar con un sistema automatizado que aún no ha aprendido a escuchar. Aun así, no desistiremos hasta lograr corregirlo.

Continuamos revisando los indicadores que configuraban ese “Q4”, y advertimos que SCOPUS evaluaba las cantidad de citas recibidas por cada texto (incluidos los no arbitrados) en los dos últimos años. Sin embargo, la investigación literaria se desarrolla en otras temporalidades: requiere años de lectura y análisis, a veces el contacto directo con archivos que solo pueden consultarse con guantes y cubrebocas para no deteriorarlos; implica el diálogo entre voces de

siglos distintos, algunas ya casi ilegibles en el nuestro. Aunque existen investigaciones literarias que dialogan con el presente (con los debates que ocurren mientras nosotras escribimos y ustedes leen), no es posible medir su “impacto” únicamente por el número de citas acumuladas en los dos últimos años. Nos cuestionamos si esta forma de medir, en lugar de reconocer que nuestro aporte se sitúa más en el ámbito de la producción de sentido que en el de los “resultados”, nos puede estar insertando en lógicas algorítmicas propias de los sistemas de recomendación: aquellos que determinan la relevancia de un contenido a partir de variables como la frecuencia de aparición o “visibilidad”, como sucede cada vez más en las redes sociales.

Otro de los indicadores en el que nos detuvimos durante el análisis fue el de la colaboración internacional. Este indicador nos llevó a cuestionar las razones para construir alianzas internacionales en una revista dedicada al estudio de las literaturas colombianas. En nuestro caso, la colaboración adquiere otros sentidos que no dialogan solamente con la procedencia geográfica de quienes publican, sino más bien con las redes que se tejen entre quienes investigan, leen y editan la revista. Estas redes no siempre se tejen entre diferentes países, pero sí construyen comunidades críticas que sostienen la investigación literaria. Elegir qué se cuenta es también decidir quién cuenta, por tanto, para esta revista quizá la palabra que mejor podría retratarla es colaboración y no tanto “internacional”.

Al revisar el indicador que evalúa la relación de los artículos con los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS), nos surgió una duda sobre el alcance que puede tener un sistema de medición para lograr comprender los lenguajes propios y diversos de las literaturas colombianas. Desconocemos los criterios que lo configuran y lo llevan a identificar la presencia de los ODS en un texto: ¿cómo podría reconocerlos a través de símbolos, silencios o figuras retóricas? Esta reflexión nos llevó a considerar la posibilidad de que existan silencios incluso en los indicadores, vacíos en sus variables que los conducen a excluir todo aquello que no logran registrar mediante palabras clave. Sin embargo, desde las humanidades hemos aprendido a trabajar con lo innombrable, con lo que se escapa del lenguaje y que, por esta razón, nos invita a inventar otras maneras de nombrarlo y, en consecuencia, a habitar mundos desconocidos.

Otro de los indicadores en el que nos detuvimos fue el que calcula el porcentaje de artículos que han recibido al menos una cita en un periodo determinado. Este indicador nos introdujo en la lógica binaria con la que opera un algoritmo: “citado” o “no citado”; “visible” o “invisible”. Si bien reconocemos que cuando un texto es leído durante siglos puede convertirse en lo que se ha llamado un “clásico”, también sabemos que en la literatura los silencios tienen significado. Un texto que no ha sido citado no implica que sea un texto que no está siendo leído, discutido en un salón de clases o interpretado fuera de las bases de datos reconocidas por SCOPUS. Nos surge entonces una pregunta: ¿cómo diseñar indicadores bibliométricos que no descarten un artículo por su aparente falta de citación y le den el tiempo necesario para que pueda ser leído?

Queremos cerrar este recorrido deteniéndonos en el indicador bibliométrico del valor económico estimado que calcula el impacto de una revista según las tasas promedio de procesamiento de artículos (APC). *ELC* es, como muchas revistas de Latinoamérica, una publicación de acceso abierto que se sostiene gracias al financiamiento de una universidad pública, al tiempo que cada evaluadora y evaluador dona en sus revisiones, y al trabajo de todas las personas que participan en el proceso editorial sin que el dinero sea su motor principal. Por ello, cuando este indicador asocia el valor de una revista con la rentabilidad de la misma, nos restringe a dinámicas mercantiles que poco dialogan con las de la investigación. Como en la vida, las medidas tienden a

excluir los matices, los procesos y la complejidad que nos constituye; por esta razón, analizar un indicador requiere que recordemos lo que no puede ser cuantificado. Como nos sigue enseñando la investigación, todo fenómeno o problema refleja mucho más de lo que parece evidente y de lo que suponemos a primera vista. Por eso, no se trata de rechazar ni desconocer los indicadores bibliométricos, sino de mirarlos críticamente para identificar sus límites.

Siguiendo con la metáfora que propusimos al iniciar el análisis, consideramos que una forma simbólica de reescribir el código con el que fueron creados los indicadores bibliométricos podría ser reemplazar el valor económico que otorgamos a las revistas académicas por el valor que tiene la red que las sostiene: quienes nos envían sus artículos, quienes revisan sin esperar retribución económica y todas las personas que, a lo largo del tiempo, han acompañado cada número de *ELC*. Nuestro trabajo requiere largos tiempos de investigación y lectura, los mismos que durante sus 28 años han sostenido generaciones lectoras, autoras y editoras. No podemos ni queremos ser una “maquila” de artículos que produce en serie y responde a un mercado, sino que queremos seguir construyendo los procesos con la comunidad que hace posible la revista.

En esta carrera de relevos que es para nosotras la vida y la academia, citamos un ejemplo de investigadoras que nos inspiran a cerrar estas páginas con algunas propuestas. Se trata del Cite Black Women Collective quienes nos invitan a repensar las prácticas de citación y las formas de reconocimiento en la producción del conocimiento académico.

Desde noviembre de 2017, el Cite Black Women Collective inició la campaña “Cite Black Women” que comenzó con la venta de camisetas que contenían la frase “Cite Black Women”, durante la reunión de la Asociación Nacional de Estudios de la Mujer (NWSA) en Baltimore. Lo que en principio buscaba recaudar fondos para una escuela en Brasil, pronto las condujo a interrumpir espacios académicos como conferencias para invitar a las personas a reflexionar sobre sus prácticas de citación, así como sobre sus sesgos raciales y de género. El apoyo masivo que recibieron las impulsó a crear una comunidad virtual en Twitter, Instagram y Facebook para debatir la política racial y de género en la citación y sus consecuencias. Esta comunidad digital dio lugar, posteriormente, a la creación de grupos de reflexión y de un programa de estudios, así como al establecimiento de los hashtags #CiteBlackWomen y #CiteBlackWomenSunday. Con el segundo hashtag, cada domingo invitaban a las personas a participar en un círculo de citas colectivo para compartir por redes sociales obras musicales, poéticas y académicas producidas por mujeres negras.

Esta forma de organizarse tanto en espacios académicos como en redes sociales nos inspira a pensar desde nuestro lugar situado qué podemos hacer para transformar nuestras propias prácticas. Si ellas reconocían una ausencia de citación que no correspondía con la magnitud de su trabajo, nosotras reconocemos que estamos insertas en dinámicas institucionales e internacionales que condicionan nuestra labor de “dar a luz” y difundir la revista para que más personas conozcan las literaturas colombianas. En ese sentido, proponemos, al igual que el Cite Black Women Collective, preguntarnos cómo podemos contribuir a visibilizar publicaciones escritas desde lenguas y perspectivas teóricas no hegemónicas. Se nos ocurre que podríamos comenzar por identificarlas, compartirlas en las clases que impartamos, así como citarlas en congresos y en los textos que escribamos para que circulen y sean reconocidas por más personas. Quizá este sea un comienzo con el que podamos empezar a reescribir ese código que recomienda y visibiliza a las publicaciones académicas.

En un contexto donde la inteligencia artificial generativa nos enfrenta a

nuevos desafíos, dilemas éticos y preguntas, pensamos que, así como cuando navegamos en internet los datos que dejamos orientan a los algoritmos para recomendarnos productos, también podríamos construir nuestras propias comunidades de recomendaciones. Comunidades que, en lugar de operar con principios de visibilidad o frecuencia de citas, funcionen a partir de recomendaciones motivadas por lecturas críticas y situadas de publicaciones que “damos a luz” desde contextos latinoamericanos, tal como nos lo enseñaron las investigadoras del Cite Black Women Collective.

ISSN: 1523-1720
NUMERO/NUMBER 54
Enero / January 2026